

El color de agosto

Lis Meler

Primera edición: octubre de 2018

© Copyright de la obra: Lis Meler

© Copyright de la edición: Angels Fortune Editions

ISBN: 978-84-948091-9-4

Depósito Legal: B-23410-2018

Corrección: Teresa Ponce

Maquetación: Celia Valero

Edición a cargo de Ma Isabel Montes Ramírez

©Angels Fortune Editions www.angelsfortuneditons.com

Derechos reservados para todos los países

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley»

Printed in Spain - Impreso en España Impreso por: Readontime S.L.

«Nunca sabes lo fuerte que eres, hasta que ser fuerte es la única opción que te queda».

Bob Marley (1945-1981), músico y compositor jamaicano

CAPÍTULO 1

Acoso y derribo

El día en el que mi vida cambió llegué a la hora de siempre. Cuando entré en el despacho, Patricia se estaba limando las uñas con cara de aburrimiento en la recepción. Siempre se limaba las uñas. Las tenía perfectas, ni cortas ni largas, ni cuadradas ni redondas, perfectas.

En más de una ocasión los jefes le habían llamado la atención al respecto.

—Patricia, por favor, ¿no ves que queda muy feo eso? Imagínate lo que puede pensar una visita si nada más entrar en Bouvet te ve ahí dale que te pego con la limita... —le regañó no hacía mucho Andrés Jiménez, jefe de Ventas Nacional, un buen tipo, aunque insoportablemente inseguro.

—Lo siento, Sr. Jiménez, no volverá a pasar —contestó Patricia por inercia.

De todos los jefes de Bouvet, yo era la única que no le daba la vara con eso de las uñas. Pobrecilla, pensaba a menudo, con lo aburrido que tiene que ser estar todo el día haciendo lo mismo: «Bouvet & Bouvet, buenos días. Sí, le paso».

Me acerqué a su mesa sin que se inmutara ante mi presencia mientras limaba sus uñas sin descanso.

—Hola, Patti, ¿qué tal? —le dije sin apenas mirarla.

—Ah... Hola, Elena. Te ha llamado Kauffman hace cinco minutos, que es *very urgent*, y Sandrine también, pero me ha dicho que te volverá a llamar. Y alguien más... Ah, sí, una tal Mariella Pedinini o algo así, que quería presentarse... Me parece que es la nueva de Milán.

Me dio todas las notitas arrugadas mientras me soltaba el discurso a toda leche.

—Jo, maja, que acabo de llegar, dame un respiro —le dije mientras ordenaba los papeles que me había entregado.

—Y qué quieres que le haga si son unos pesados, más quisiera yo que no me dieran el coñazo de buena mañana.

La dejé con su centralita que empezaba a revolucionarse y fui hacia mi despacho. Atravesé las mesas de Contabilidad y luego las de Nacional, mientras iba dejando caer los buenos días de rigor.

Yolanda me esperaba impaciente. Tenía esa expresión en el ceño que se le ponía cuando empezaba a ir de culo. Era algo parecido a esa cara que se te queda cuando se acaba el tiempo para entregar el examen y solo has contestado a la primera pregunta, no porque te la sepas de maravilla y te hayas enrollado hasta perder la noción del tiempo, no, más bien porque, de las cinco, era la única que te sabías un poquito dignamente.

—Llegas tarde.

—Buenos días a ti también —contesté con ironía.

—Oye, déjate de cuentos que no ha parado de sonar el teléfono desde que he llegado.

—Sí, ya sé, Kauffman, Sandrine y la de Milán.

—Ya te lo ha dicho Patti, ¿no? Bueno, pues lo de Sandrine ya está arreglado, quería el listado de los pedidos semanales de Languedoc-Roussillon y de Midi-Pyrénées. Se los acabo de pasar por *e-mail*.

—Perfecto. ¿Y la de Milán? ¿Cómo se llama?

—Pediccini, Marinella Pediccini. Llamaba para presentarse. Me ha metido un rollo impresionante, creo que me ha dicho que está muy contenta de trabajar en Bouvet y que en realidad no es de Milán, sino de Nápoles, pero, como no tiene ni idea de español, no te lo puedo asegurar, aunque lo del idioma me ha venido de perlas para colgarle. Le he dicho que ya la llamarías tú.

—Vaya, qué lista —dije simulando enfado.

—Para eso eres la jefa, chata, para apechugar.

Yolanda era mi secretaria desde hacía un año y medio. Era más joven que yo, muy menuda y delgada, y con unos ojitos gatunos que eran incapaces de esconder su viva inteligencia.

En el anuncio pedimos una secretaria de dirección con buen nivel de inglés y francés, e informática a nivel de usuario. Se presentaron unas cuantas, pero enseguida, la que más me gustó fue ella. No tenía ni idea de informática y su inglés era lamentable, pero el francés lo hablaba mejor que los franceses, y sobre todo me pareció una chica de lo más despierta. En un par de meses le enseñé el inglés básico para funcionar vía *e-mail*, lo poco de informática que sé, y ahora es la mejor secretaria que he tenido nunca.

Volvió a su sitio con el dinamismo que la caracterizaba y yo me metí en el despacho dejando la puerta abierta como siempre.

Viendo que con la italiana iba a tener para rato, llamé primero a Kauffman para ver qué era eso tan *urgent*, pero, como siempre, no era nada que no pudiera esperar al día siguiente.

Después de hablar con Marinella Pediccini estaba exhausta de oír tantas letras juntas. «¿Es que esta mujer no respira o qué?», dudé.

Yolanda se había quedado un rato corta y, cuando me vio repanchigada de buena mañana en mi silla giratoria como si hubiera pasado la noche ahí, le dio un ataque de risa.

—¿Qué te había dicho, eh? Un loro, esa tía es un loro, y eso que yo no la entiendo ni la mitad.

Después de eso, me contagié y empezamos a reírnos las dos, así que tuve que cerrar la puerta para no armar tanto alboroto. Casi nunca cerraba mi puerta y fue como un presagio, el del principio del fin, pero yo aún no lo sabía.

Seguía todavía con la risa floja cuando sonó el teléfono. Era una llamada interna.

—¿Sí?

—Hola, Elena, buenos días.

—Buenos días, Santiago —reconocí la voz del subdirector general de Bouvet & Bouvet España.

—Oye, mira, pásate por el despacho de Eduardo en cinco minutos. Yo estoy con él.

—¿Ocurre algo? —pregunté extrañada.

—No, nada. Bueno, sí, pero es mejor que vengas. Te esperamos.

En los cinco años que llevaba trabajando en Bouvet, jamás me había reunido con el subdirector fuera de su despacho y, además, el tono de su voz sonaba de lo más raro... Aquello no me gustó ni pizca. Apeataba.

—Yolanda, estoy con Eduardo, por si alguien te pregunta.

—OK.

Eduardo Vilalta era un cincuentón de cabello abundante y canoso, licenciado en Económicas, con un inglés chapucero y menos vista para los negocios que un pintor de brocha gorda para reproducir un Sorolla.

Con la reestructuración que se llevó a cabo en el 2012, había pasado a ser el responsable de Exportación Internacional y también de Nacional, así que tuvo que hacer un intensivo de inglés que pagó la empresa para acallar rumores. Su antiguo puesto, el de Ventas Nacional, quedó vacante un tiempo hasta que se lo dieron a Andrés Jiménez, que, sorprendentemente, venía bien recomendado. Vilalta era, técnicamente, nuestro jefe directo.

Me dirigí hacia el ascensor porque estaban en la cuarta planta y mi despacho en la segunda. Nada más llegar al descansillo, se abrió la puerta con el dindón característico de ascensor de última generación y apareció Karen, la secretaria de Santiago Fernández, con quien acababa de hablar. Una inglesa con pinta de inglesa, discreta y bastante eficiente.

—Hola, Elena, *buenaas* díaaas —me saludó con su marcado acento.

—Hola, Karen. ¿Qué tal? —contesté sin prestarle demasiada atención y dirigiéndome directamente al despacho de Eduardo.

Una vez allí, Santiago me acercó una silla y me pidió por favor que me sentara. El despacho de Vilalta era muy parecido al mío pero tenía una mesa mucho más grande ya que a veces habíamos hecho reuniones de equipo allí. Se habían sentado uno al lado del otro, de espaldas a la ventana, frente a mí.

—Bueno, vosotros diréis. ¿A qué viene tanto misterio? —dije intentando parecer despreocupada.

—Verás, Elena, se trata de tu informe de previsión anual —respondió Santiago.

—¿Qué le pasa?

—Bueno, pues me parece..., nos parece demasiado arriesgado —prosiguió Santiago.

—Tus previsiones para con el mercado italiano y alemán son realmente..., bueno, asombrosas, diría yo, sobre todo teniendo en cuenta cómo está yendo la economía...

—Sé perfectamente cómo va la economía, Santiago, y te aseguro que en la previsión que he entregado lo he tenido muy en cuenta —interrumpí secamente.

—Elena, hemos pasado tu informe a Producción y nos han dicho que en caso de que no se alcanzaran los objetivos mínimos, los niveles de *stock* serían altísimos. No podríamos afrontarlo.

—Esto no es una empresa de conservas, nosotros hacemos moda, y la moda tiene fecha de caducidad. Un vestido en *stock* es un vestido perdido —dijo Eduardo interviniendo en la conversación.

—Pero bueno, no entiendo este miedo repentino que os ha entrado a todos —me defendí—. Si me he arriesgado con esos dos mercados es porque sé que puedo hacerlo. Hemos aumentado en un diez por ciento las ventas en Alemania y casi un cinco por ciento en Italia. Son clientes exigentes, sobre todo los italianos, pero poco a poco están pasando por el aro. Además, lo de

las previsiones es simplemente un estudio orientativo... Nunca se han seguido a rajatabla y vosotros lo sabéis...

—Bueno, Elena, lo cierto es que te hemos hecho venir para decirte que la empresa no está dispuesta a correr un riesgo tan alto, y que... a partir de ahora tendremos..., nos vemos en la obligación de prescindir de tus servicios —dijo Santiago con un punto de inseguridad.

—¡¿Quééé?! Estáis de broma, ¿no? —exclamé. ¿Quieres decir que me dais la patada por un simple informe? ¿Qué pasa, que es lo único que hago en esta empresa o qué? —grité encolerizada

—Lo siento, Elena, la orden viene de arriba, la decisión está tomada...

—prosiguió Eduardo.

—Pero..., pero ¿se puede saber de qué me estáis hablando? —exploté—. Llevo cinco años aquí, este ha sido mi quinto informe, y vosotros sabéis mejor que nadie que nunca, nuuunca me he equivocado. ¡Por el amor de Dios, si en el 2013 mis previsiones se cumplieron casi al cien por cien! Es cierto que este año he echado toda la carne en el asador, pero podemos permitirnoslo... —seguí defendiéndome.

Los dos trajeados se miraron un momento y guardaron silencio. Entonces comprendí que la cosa iba en serio, que no había vuelta atrás y decidí cambiar de táctica. Decidí «colaborar».

—Muy bien, supongo que todo esto no es idea vuestra... —dije con estudiada calma.

—Desde luego que no, ya sabes que yo más que nadie he confiado en ti, y que ahora también lo habría hecho, pero ya no depende de mí, te lo aseguro... —se disculpó Eduardo.

Era cierto, Vilalta siempre me había apoyado, entre otras cosas porque los informes de Jiménez eran una pena.

—De verdad que nos duele mucho, Elena, créeme... —continuó Santiago como quien da el pésame por obligación.

—De acuerdo —dije con seguridad—, si es lo que se ha decidido, me marcharé y punto.

Ambos respiraron aliviados al verme abandonar la lucha de forma tan evidente, y empezaron a darme coba.

—No tienes que preocuparte por nada, Elena, con tu formación y experiencia... Además, te haremos cartas de recomendación para que vuelvas a colocarte enseguida...

—Sí, incluso Lorenzo está dispuesto a hacerlo...

Lorenzo Serrano, director general de Bouvet España. El mismo que no había tenido las narices de venir a decirme personalmente que me botaba y el mismo que me había enviado a esos dos lacayos en su nombre.

Les dejé hablar todo lo que quisieron y cuando pensaron que aquella reunión había tocado a su fin, ataqué.

—Vale, vale, no hace falta que me hagáis la pelota, he dicho que me marchó, y me marchó —hice una pausa intencionada—. Pero si os habéis pensado que me voy a tragar el cuento del informe anual, es que sois más idiotas de lo que creía —les dije con firmeza—. ¡Ya podéis explicarme ahora mismo de qué va toda esta mierda, porque hasta que no sepa toda la verdad, y he dicho toda, no pienso mover mi culo de esta puta silla!

Se quedaron pasmados, blancos como la cera, y no solo por lo que dije, sino por cómo lo dije. En todo el tiempo que llevaban tratándome jamás me habían escuchado pronunciar una palabra malsonante. Yo era la jefa modelo, elegante, culta y eficiente, y lo último que esperaban de mí era un lenguaje soez como ese. Yo lo sabía y conseguí lo que quería.

Volviéron a mirarse completamente alelados y entonces ambos supieron que yo tampoco bromeaba. Eduardo se aflojó el nudo de la corbata y Santiago empezó a atusarse los cuatro cabellos que le quedaban de forma insoportable, como si tuviera un tic.

—Estoy esperando —dije con frialdad.

—Vale, Elena, cálmate. Mira, es que es una orden de arriba, ya te lo hemos dicho... Nosotros no pintamos nada, en serio... —respondió Santiago con cara de agobio.

—Vamos a ver... —proseguí intentando disimular mi creciente mala uva—. Que toda esta pantomima es idea de Lorenzo me ha quedado claro, pero yo lo que quiero saber es por qué.

—No, pero si no ha sido idea de Lorenzo, al contrario, él te ha defendido desde el principio, pero luego ha visto que no había nada que hacer y ha terminado cediendo.

Yo estaba alucinando, ¡necesitaba una explicación ya!

—Pero entonces..., ¿quién quiere quitarme de en medio, si puede saberse?

—suspiré asqueada ante tanta incógnita.

—Esta mañana, a primera hora, Mónica ha recibido un fax de la central donde se pedía tu despido alegando riesgos poco recomendables, difíciles de afrontar, etcétera. Ella ni siquiera lo ha leído, como iba explícitamente a nombre de Lorenzo se lo ha dado directamente, y ha sido él quien ha llamado personalmente a Bouvet para saber de qué iba todo esto, pero parece que no ha podido hacer nada... Entonces nos lo ha comunicado a nosotros.

—O sea, que es Pierre Bouvet hijo en persona quien me pone de patitas en la calle... —pensé en voz alta. El padre, aunque a veces hacía alguna gestión, rozaba los noventa años y vivía retirado en un castillo del valle del Loira. Así que era, sin duda, Pierre Bouvet II el responsable de todo.

—Bueno, de hecho, su decisión venía motivada, parece ser, por el que es ahora su mano derecha, un joven brillante que acaba de incorporarse a su equipo. Lorenzo no lo sabía. Por lo visto no lleva ni un mes, pero creo que tú le conoces, Elena.

—¿Quién? ¿Yo? —dije atónita.

—Sí, coincidiste con él hace dos semanas en Lyon, se llama Stéphane Leconte.

Solo el hecho de oír su nombre me provocó náuseas. ¿Cómo era posible que fuera ni más ni menos que la mano derecha de Bouvet? Su venganza no se había hecho esperar.

En ese momento podía haber hablado. Les podía haber explicado toda la verdad, porque fue entonces, cuando Santiago pronunció a la española el nombre de Stéphane Leconte, cuando supe cuál era el auténtico motivo de mi despido.

No podía creer lo que me estaba pasando y, aunque empecé a atar cabos, algo se me escapaba, pero no tuve que esperar mucho para averiguar de qué color eran las piezas que me faltaban para completar ese absurdo rompecabezas.

—Bueno, ya sabes la verdad, es lo que querías, ¿no? Le dijimos a Lorenzo que no te tragarías lo del informe, pero insistió en que no supieras nada, porque ni él mismo acaba de entender todo este lío.

Eduardo me hablaba aliviado como si se hubiera librado de una gran carga, pero yo ya no le escuchaba.

—¿Quién es? —dije de repente.

—¿Cómo dices? —preguntó Santiago.

—Digo que quién es ese Stéphane Leconte para convertirse en menos de un mes en la mano derecha de una de las fortunas más grandes de Francia —pregunté mirándoles a los dos muy fijamente.

Silencio.

—Os dije que quería toda la verdad...

—Por lo visto es su... sobrino. Es el sobrino de Bouvet. Como no ha tenido descendencia lo ha querido como a un hijo —confesó al fin Santiago.

Eduardo tenía las dos manos en la cabeza y Santiago respiraba con dificultad.

—Elena, escucha, hemos hablado demasiado, se suponía que no tenías que saber nada de todo esto, ¿entiendes? Pero bueno, tanto Santiago como yo creíamos que te merecías al menos una explicación y, como te has puesto

así, pues, bueno... En fin, que te rogaríamos que fueras discreta con todo este asunto, por favor.

«Hay que joderse», pensé, «o sea, que me ponen de patitas en la calle porque le salió el tiro por la culata al sobrino consentido del jefazo y yo tengo que ser discreta».

En aquel momento me entraron ganas de abofetearlos a los dos, a Lorenzo y al mismísimo Bouvet. Pero, por supuesto, no lo hice. Tenía una carta mejor bajo la manga.

Me levanté, y muy dignamente fui hacia la puerta, acaricié el pomo metálico con suavidad, de espaldas a ellos, y antes de abrirla me giré.

—Una cosa más —añadí simulando indiferencia.

—¿Sí? —dijeron casi al unísono, y entonces lo lancé como una daga afilada.

—Podéis llamar a Leconte, al... so-bri-no, y decirle que se busque un buen abogado, porque pienso ponerle una demanda por acoso sexual.